

Introducción

En los últimos años se han presentado diferentes análisis que han abordado las relaciones posibles entre el populismo y el neoliberalismo. Reflexiones que ponen su mirada en los posibles vínculos entre la *gubernamentalidad neoliberal* y la *razón populista*, entendiendo esta última como un horizonte de construcción política de un proyecto democrático, una forma de elaborar la voluntad política que tiene una pretensión emancipadora. Y este libro quiere detenerse e incidir justamente ahí, en un intento de explorar, cartografiar, desgranar y someter a diversas consideraciones críticas ese vínculo, los diferentes modos en que podemos concebir la relación entre populismo y neoliberalismo.

El enfoque y metodología que adoptamos no pasa por trazar una contraposición, en un nivel teórico, entre los planteamientos de Michel Foucault y los de Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, sino entre la *razón populista*, tal como la conceptualizó Laclau; y el modelo de *gubernamentalidad neoliberal* descrito por Foucault. Para pensar tal relación no podemos acudir sólo a los desarrollos teóricos foucaultianos, porque entre los análisis de Foucault y nuestro presente existe el neoliberalismo realmente existente, un proyecto político que ha defi-

nido una sustancial transformación de los Estados, los modos de vida o la manera en que entendemos el trabajo y la economía.

Durante 1978 y 1979 Foucault imparte en el Collège de France los cursos *Nacimiento de la biopolítica*. Es en esos años cuando el neoliberalismo emerge con fuerza, logrando su hegemonía cultural y política. Un mes después de que Foucault finalizara sus cursos, Margaret Thatcher es elegida primera ministra de Inglaterra; y dos años después, Ronald Reagan es elegido presidente de Estados Unidos. Podemos decir que Foucault no dijo la última palabra sobre el neoliberalismo, pues su metamorfosis en las últimas décadas no ha dejado de acelerarse. Pero consideramos que Foucault puso nombre a esa novedad histórica que hemos de pensar como tal, el neoliberalismo.

En *Historia y estrategia socialista*, Laclau y Mouffe sitúan la hegemonía neoliberal como una situación coyuntural, resultado de «jugadas hegemónicas por parte de fuerzas sociales específicas» y que han dado lugar a «una transformación profunda en las relaciones entre las corporaciones capitalistas y los Estados nacionales» (Laclau y Mouffe, 2001: 17). Pero hay en sus planteamientos una carencia normativa sobre el nuevo orden por venir. Sólo apuntan, y vagamente, que se podría llegar a superar el modelo económico neoliberal a través de la regulación estatal y el control democrático de la economía (Laclau, 2000: 208). Sin embargo, a pesar

de no existir análisis concretos y específicos sobre «lo neoliberal» en la obra de Laclau, podemos decir que su producción teórica es una respuesta a la proliferación y ampliación del campo del antagonismo desde la década de los sesenta. De hecho, es el propio Laclau quien inscribe la *razón populista* en la era de la globalización neoliberal.

Es a partir de la proliferación de estas nuevas luchas sociales que Laclau y Mouffe tratan de redefinir el proyecto socialista en términos de una radicalización de la democracia, desde una articulación de diferentes luchas contra diferentes formas de subordinación, por razones de clase, género, raza o las luchas libradas por el movimiento ecologista, pacifista o antinuclear. Estas luchas, y las relaciones que establecen entre ellas, no contienen una lógica interna que se autodespliegue para conformar la estructura social. Antes bien, la posible articulación entre las luchas siempre será producida por una fuerza parcialmente externa. Es un enfoque que da prioridad al momento de la articulación política, siendo la hegemonía la categoría central del análisis político (Laclau y Mouffe, 2001: 185).

Los interrogantes fundamentales que articulan el conjunto de problematizaciones que presentamos en este libro, podríamos formularlos tal que así: en lo que a la relación entre el populismo y el neoliberalismo se refiere, ¿es una relación de alianza, de convergencia o de contraposición? ¿Es la propuesta de Laclau capaz de

desplazar la hegemonía neoliberal, de romper la primacía de la racionalidad neoliberal? ¿Es una alternativa al neoliberalismo o es útil para colaborar en su construcción? ¿Qué tipo de sujeto y de relaciones sociales surgen de la propuesta laclausiana? ¿Qué relación guarda con la subjetividad neoliberal? ¿Es la lógica populista cómplice del neoliberalismo fortaleciéndolo? ¿Es posible desafiar al neoliberalismo sin cuestionar su lógica? ¿Tiene el neoliberalismo capacidad para organizar los logros populistas? ¿Hay una articulación epocal entre neoliberalismo y populismo? ¿Es el populismo un efecto, un producto del neoliberalismo? ¿El populismo reproduce las condiciones neoliberales de la realidad? ¿Es el populismo la respuesta a la crisis producida por la globalización neoliberal? ¿Efectúa el populismo un proceso de subjetivación diferente al neoliberal? ¿Desde la racionalidad interna del neoliberalismo podemos pensar cómo poner límites al proyecto neoliberal? ¿Qué aspectos teóricos y prácticos del populismo deben ser profundizados en su relación con el neoliberalismo? ¿Qué es lo que desde el populismo habría aun de ser pensado para construir una hegemonía alternativa al neoliberalismo? ¿Cuáles son, en definitiva, los vínculos entre populismo y neoliberalismo?

En los últimos años proliferan numerosos análisis que tratan de explicar el surgimiento de fuerzas políticas, la eclosión de líderes «*anti-establishment*» o el desarrollo de medidas económicas «proteccionistas» desde

el concepto «populismo». Además, la palabra «populismo» ha adquirido en la izquierda europea una nueva legitimidad teórica y política. Esto no hubiera sido posible sin el impacto que ha tenido la producción teórica de Ernesto Laclau y Chantal Mouffe.

Las reflexiones de Laclau y Mouffe tratan de dar respuesta a las preguntas y debates fundamentales de la teoría política contemporánea, sobre la naturaleza de la política y lo político, recuperar la idea de democracia y emancipación, volver sobre los fundamentos de conceptos clásicos de la teoría política como «orden», «representación» e «ideología», la relación entre el poder y la vida social, problematizar y preguntarse hasta qué punto es posible la sociedad, cómo habríamos de concebir el sujeto o cómo trazar las fronteras en el seno de la comunidad.

Sus innovadoras e influyentes obras están inscritas en los debates políticos fundamentales de su época. Para ellos, no existe separación entre teoría política y práctica política. Escribe Laclau:

Quando hoy leo *De la gramatología* o los *Escritos* de Lacan, los ejemplos que siempre me vienen a la memoria no son de textos literarios o filosóficos, son de una discusión en un sindicato argentino, un enfrentamiento de eslóganes opositores durante una manifestación, o un debate en un congreso partidario. Durante toda su vida, Joyce evocó su experiencia natal en Dublín; en mi caso, son aquellos años de lucha política en la Argentina de la década de 1960 los

que me vienen a la mente como punto de referencia y comparación (Laclau, 1990: 200).

Podemos decir que hay un eje que atraviesa toda la obra de Laclau y Mouffe, el cuestionamiento de la lógica de formación de las identidades colectivas. De este eje se derivan las dos grandes problemáticas presentes en toda su producción teórica: la centralidad ontológica de lo político y el carácter hegemónico del vínculo social. Y a partir de estas dos grandes problemáticas se conjugan tres preocupaciones centrales que son desarrolladas a lo largo de todos sus escritos: cómo puede pensarse la constitución del orden social en una perspectiva pos-fundacional; cómo se concibe la dinámica de las luchas políticas en el campo democrático; y cómo se constituyen las identidades políticas.

Laclau y Mouffe tratan de analizar el impacto que algunas de las perspectivas teóricas surgidas a finales del siglo XX han tenido sobre algunos de los debates fundamentales recientes en el seno de la izquierda europea. Así, sus reflexiones las podemos situar en el marco de la reformulación del proyecto socialista. Tales perspectivas teóricas son, fundamentalmente, tres: el esencialismo filosófico, el nuevo papel que se le otorga al lenguaje en la estructuración de las relaciones sociales y la deconstrucción de la categoría de «sujeto» en relación a la constitución y formación de las identidades colectivas.

Su obra *Hegemonía y estrategia socialista* de 1987 constituye un texto central del debate posmarxista, cuyo objetivo principal ha sido la elaboración de una teoría no esencialista del sujeto. Tiene lugar una renuncia explícita a la categoría de sujeto como entidad unitaria, transparente y suturada, que imposibilita reconducir las posiciones de sujeto a un principio fundante, positivo y unitario. No es posible determinar *a priori* el sujeto de la transformación social, el agente del cambio.

Bajo esta comprensión no es posible hablar de «leyes de la historia», hay que abandonar la idea de que la historia está regida y dominada por leyes que basta conocer para que el proyecto emancipatorio resulte exitoso. Nada permite predecir que lo que va a ocurrir haya de ser necesariamente esto o lo otro. No hay una lógica predeterminada ni una dirección preestablecida. Así, la transformación social no posee un carácter de necesidad, ni se da bajo un orden fijo o esperable. Un nuevo orden es posible, pero no existe ninguna ley que determine que éste vaya a tener lugar.

En este sentido, su propuesta teórica rechaza los planteamientos idealistas desde la perspectiva de la «conciencia de clase», lo cual supuso la impugnación de la relación que en el marxismo clásico se establecía entre la conciencia de clase y el Partido como sujeto separado. En el marxismo clásico la conciencia de clase era lo que permitía unir la materialidad de la clase obre-

ra y su expansión política. Y esta conciencia siempre venía de fuera, desde el Partido.

Se produce, entonces, una importante ruptura con el pensamiento marxista de lo político: pues lo político ya no es algo que pueda ser aprehendido de forma separada de los procesos de lucha en tanto que no pertenece al ámbito de la conciencia, sino que se desarrolla en estos mismos procesos. No hay lugar para la transformación de la conciencia espontánea en conciencia revolucionaria. Es ahí donde, como veremos, cobra una importancia decisiva la noción de «articulación».

Esta operación filosófica implicaba también el abandono del historicismo dialéctico que dominó el panorama filosófico del movimiento obrero en el siglo XX, que había fundado un método cognoscitivo y estratégico de tipo dialéctico. Laclau y Mouffe se apartaron del historicismo dialéctico porque no pensaban en términos de transición histórica, ni en términos de superación del capitalismo y de realización de una esfera totalizante comunista.

Su reivindicación de un sujeto no esencialista pasa por formular la identidad a través de procesos de identificación. El objetivo de descentrar la noción de sujeto, a la manera como fue concebida por la tradición marxista, bebe de las principales premisas de las corrientes de pensamiento postestructuralistas. En la medida en que no existe un centro, un primer principio que regule la totalidad de lo existente, las elaboraciones filosóficas de

Laclau y Mouffe se inscriben en un pensamiento político no esencialista, tomando la forma de una teoría posfundacional de la política. A diferencia del marxismo, señalan la ausencia de una matriz formal-trascendental, de un fundamento que explique los conflictos sociales. Para el marxismo clásico la sociedad sí que tenía un *a priori*, y ello porque entendían la sociedad como una estructura cerrada, completa, suturada, sin brecha ni falta alguna.

La metodología que adoptan Laclau y Mouffe consiste en volver sobre algunas categorías marxistas desde su deconstrucción. La singularidad de su enfoque pasa por radicalizar el programa gramsciano a partir de autores postestructuralistas como Michel Foucault, Jacques Derrida o Jacques Lacan. Es en ese cruce donde radica una nueva ontología de lo político. El gesto que proponen es doble: de un lado, tratan de reapropiarse de la tradición intelectual marxista; de otro, pretenden ir más allá de ella, superar sus limitaciones, distanciándose de la concepción de la subjetividad y las clases sociales que elaboró el marxismo, de su visión del curso histórico del desarrollo capitalista y de la concepción del comunismo como sociedad reconciliada y libre de antagonismos.

No podemos decir que la propuesta de Laclau y Mouffe se inscriba como una historia interna del marxismo, ya que la mayoría de los antagonismos sociales de las sociedades contemporáneas a los que se refieren no pertenecen al campo discursivo del marxismo, por

lo que las categorías marxistas se quedan estrechas a la hora de reconceptualizar tales antagonismos. Más bien, podemos decir que este pensamiento tiene su origen en una crítica interna al marxismo con la pretensión de señalar sus límites. Es justamente por este gesto que su teoría se encuadra en el denominado «posmarxismo». Así pues, diagnostican el agotamiento de la tradición marxista, pero no renuncian a su potencial heurístico. Es por ello que se hacen llamar «posmarxistas», porque su propuesta teórica se ubica en el interior de una matriz emancipadora.

Sí que comparten con el marxismo la visión de que las identidades políticas son siempre identidades colectivas. Sin embargo, el marxismo siempre lo piensa en términos de clase. También comparten con el marxismo la idea del antagonismo, pero el marxismo siempre lo piensa desde un único antagonismo, el de clase, que además puede llegar a ser eliminado. Por el contrario, Laclau y Mouffe defienden que existen varios tipos de antagonismos y que no puede darse una sociedad en la que la posibilidad del antagonismo sea erradicada. Y ello porque existe una negatividad radical que nunca puede ser superada.

Así pues, el distanciamiento de Laclau y Mouffe respecto del marxismo lo es, sobre todo, en relación al esencialismo de clase que había construido. Para el marxismo, las identidades políticas dependen de la posición de los agentes en las relaciones de producción, y

éstas determinan la conciencia. Laclau y Mouffe ponen en cuestión tal perspectiva esencialista y elaboran una noción de lo social como espacio discursivo, resultado de articulaciones políticas contingentes que no tienen nada de necesario. La teorización en términos de clase social que propone el marxismo les resulta inadecuada porque para ellos las clases sociales son sujetos socialmente construidos.

Laclau y Mouffe no niegan que las clases tengan existencia como contradicciones en la estructura. Su crítica la dirigen contra el determinismo y el economicismo marxista, contra ese esencialismo metafísico que propone la economía como fundamento último de la sociedad, remitiendo las relaciones de poder a su determinación histórica. Y tal crítica la extienden al reduccionismo de clases que imposibilita pensar la heterogeneidad de las posiciones sociales en las luchas emancipatorias. En definitiva, plantean que las clases sociales no pueden tener presencia como agentes políticos si no es a partir de presentarse como articulaciones discursivas en el nivel de la superestructura, esto es, y como veremos más adelante, como una contradicción pueblo/élites.

Decíamos antes que Laclau y Mouffe introducen un giro para la teoría postestructuralista dentro del marxismo, tomando como esencial el problema del lenguaje para la formulación de un proyecto democrático. Muestran la importancia de la corriente postestructuralista, y también del pensamiento de la deconstruc-

ción, para un análisis teórico del liberalismo y el socialismo. El postestructuralismo les proporcionó, sobre todo, el enfoque teórico necesario para cuestionar las bases del esencialismo, el rechazo a la idea de que puede existir una totalidad cerrada. Lo específico de su planteamiento consistió en unir el postestructuralismo con las formulaciones de Antonio Gramsci, siendo el pensador italiano quien les ofreció las claves para entender la noción de lo «nacional-popular» como superación del esencialismo de clase, superando así al marxismo convertido en filosofía de la historia, su economicismo y su concepción mecanicista e instrumental de la dominación como simple extensión de los intereses económicos de la clase dominante.

Pero la clave que Laclau y Mouffe encuentran en Gramsci para elaborar su teoría de las articulaciones sociales es el problema de la hegemonía. En su obra *Hegemonía y estrategia socialista* reelaboran el concepto de hegemonía de Gramsci desde una lectura deconstructiva, cuestión sobre la que más adelante nos detendremos. Tal reelaboración les permitía sortear los presupuestos deterministas de las versiones más tradicionales del marxismo. Por ejemplo, rompieron con la dicotomía entre base económica y superestructura ideológica y política, sosteniendo que la superestructura no estaba determinada por la base. Así, radicalizaron el concepto gramsciano de hegemonía al tiempo que debilitaban el economicismo marxista.

A partir del concepto de hegemonía afirmaban que no era suficiente con limitarse a reconocer la existencia de una pluralidad de luchas, sino que había que tratar de establecer algún tipo de lógica articuladora entre ellas. Para actuar políticamente, para crear una voluntad colectiva, es necesario articular esas diversas luchas, una dimensión del imaginario democrático popular cuya naturaleza cambia en función de las diferentes articulaciones discursivas.

Laclau y Mouffe toman al Gramsci que sostiene que los sujetos no son las clases sociales, sino voluntades colectivas de distintos grupos. Gramsci hablaba de la necesidad de pensar en términos de bloque histórico. Como hemos señalado, para Laclau y Mouffe se torna fundamental la idea gramsciana de centralidad de lo nacional-popular, que reemplazaba la categoría de clase por la idea de voluntades colectivas. Ese antagonismo no venía a negar las tensiones, de por sí irreductibles, entre la acumulación de renta del capital y la fuerza de trabajo generadora de plusvalía, sino que considera que esa contradicción, por sí misma, no genera un proceso histórico emancipador.

La otra influencia intelectual fundamental del campo del marxismo fue Louis Althusser. De él, Laclau aprendió que toda construcción de clase está sobredeterminada. Althusser sostenía que si bien las transformaciones materiales estaban en la base y condicionaban las transformaciones del mundo ideológico y político,

ese cambio en la superestructura sólo era parcial, pues tenía que ser completado con análisis más acotados de la situación concreta, atendiendo a una pluralidad de variables, de manera que la determinación económica quedase sobredeterminada a partir de una pluralidad de elementos que guardaban cierta autonomía respecto a la tensión entre fuerzas productivas y relaciones sociales de producción. Dicho en otros términos, los fenómenos sociales son el resultado de la fusión simbólica de encuentros plurales.

A Laclau le interesó el modo en que Althusser desplazó el determinismo y el reduccionismo económico a partir de la introducción de la aleatoriedad en la historia marxista de los modos de producción y, por extensión, en la historia en general. Ello llevó a Laclau a sostener que no existen simplemente contradicciones de clase en el nivel de las relaciones de producción que luego son representadas en otros niveles, sino que la pluralidad de antagonismos son los que establecen entre sí relaciones de indeterminación. Lo que le va a interesar es darle un sentido a ese «sobre» de la relación de la sobredeterminación althusseriana.

Sin embargo, Laclau considera que la sobredeterminación althusseriana era un concepto vago. Además, Althusser sostenía que «en última instancia» la economía era determinante, por lo que la construcción simbólica era más bien un margen contingente. Así, al tiempo que Laclau reconocía la innovación con la introducción

de la categoría de sobredeterminación, pudo ver que en la obra de Althusser la lógica de sobredeterminación se encontraba aún presa del determinismo y del materialismo histórico. A diferencia de Althusser, Laclau favorece una concepción de la sobredeterminación como un proceso que ocurre en el campo de la representación simbólica, es decir, en el campo de la discursividad. Esta intervención implicaba desplazar la elaboración teórica de la naciente teoría del discurso posmarxista hacia el campo del postestructuralismo, caracterizado por sus posiciones antiesencialistas y posfundacionales.